

DUBLINESES

LAS HERMANAS

ESTA vez no había esperanza para él: era la tercera embolia. Noche tras noche yo había pasado por delante de la casa (era época de vacaciones) y estudiado el cuadrado iluminado de la ventana: y noche tras noche lo había encontrado iluminado de la misma manera tenue y uniforme. Me dije que si hubiera muerto vería el reflejo de las velas en la persiana oscurecida, pues sabía que había que poner dos velas a la cabeza de un cadáver. Él me había dicho a menudo: *No voy a durar mucho*, y yo había creído que hablaba por hablar. Ahora sabía que era cierto. Cada noche, mientras levantaba los ojos hacia la ventana, me repetía en voz baja la palabra *parálisis*. Siempre había sonado extraña en mis oídos, como la palabra *gnomon* en el tratado de Euclides y la palabra *simonía* en el catecismo. Pero ahora me parecía el nombre de algún ser maléfico y pecaminoso. Me provocaba mucho miedo, y, sin embargo, anhelaba acercarme a ella y contemplar su mortífera labor.

Cuando bajé a cenar, el viejo Cotter estaba sentado junto al fuego, fumando. Mientras mi tía me servía un cucharón de gachas de avena, dijo, como si retomara alguna observación anterior:

—No, no diría que estaba exactamente... pero había algo raro... algo extraño en él. Te diré lo que pienso...

Comenzó a chupar su pipa, sin duda ordenando sus ideas en la cabeza. ¡Qué bobo y tedioso llegaba a ser! Cuan-

do lo conocimos, era bastante interesante, y nos hablaba del proceso de destilación del whisky; pero no tardé en cansarme de él y de sus interminables historias sobre la destilería.

—Tengo mi propia teoría al respecto, dijo. Creo que fue uno de esos... casos peculiares... Pero es difícil decirlo...

Comenzó a chupar nuevamente su pipa sin comunicarnos su teoría. Mi tío vio que lo miraba y me dijo:

—Bueno, así que tu viejo amigo se ha ido al otro mundo, te entristecerá saberlo.

—¿Quién?, dije yo.

—El padre Flynn.

—¿Ha muerto?

—El señor Cotter nos lo acaba de decir. Ha pasado por delante de su casa.

Sabía que me estaban observando, así que seguí comiendo como si la noticia no me interesara. Mi tío se lo explicó al viejo Cotter.

—El chaval y él eran grandes amigos. El viejo le enseñó muchas cosas, ya ves; y todos dicen que le tenía en gran estima.

—Dios tenga piedad de su alma, dijo mi tía piadosamente.

El viejo Cotter me miró durante unos momentos. Sentí que sus ojillos negros me escrutaban, pero no le daría la satisfacción de levantar los ojos del plato. Regresó a su pipa y finalmente escupió groseramente en la chimenea.

—No me gustaría que mis hijos, dijo, tuvieran mucho que hablar con un hombre así.

—¿A qué se refiere, señor Cotter?, preguntó mi tía.

—Me refiero, dijo el viejo Cotter, a que es malo para los niños. Lo que yo pienso es: un chaval tiene que correr y jugar con chavales de su edad, y no... ¿Estoy en lo cierto, Jack?

—Ese también es mi principio, dijo mi tío. Que aprenda a salir adelante en la vida. Eso es lo que siempre le digo

a este rosacruciano: haz ejercicio. Vaya, cuando yo era un crío, todas las mañanas me daba un baño frío, en invierno y en verano. Y así de bien estoy ahora. Eso de la educación está muy bien... A lo mejor el señor Cotter quiere probar esa pierna de cordero, añadió dirigiéndose a mi tía.

—No, no, para mí no, dijo el viejo Cotter.

Mi tía sacó el plato de la alacena y lo puso sobre la mesa.

—¿Pero por qué cree que no es bueno para los niños, señor Cotter?, preguntó mi tía.

—Es malo para los niños, dijo el viejo Cotter, porque son muy impresionables. Cuando los niños ven cosas así, sabe, tiene un efecto...

Me llené la boca de gachas para no dar rienda suelta a mi ira. ¡Viejo imbécil de nariz roja! ¡Qué pesado!

Era tarde cuando me quedé dormido. Aunque estaba enojado con el viejo Cotter por referirse a mí llamándome niño, me estrujé la cabeza para adivinar el sentido de sus frases sin acabar. En la oscuridad de mi cuarto me imaginaba que volvía a ver el rostro grisáceo y exangüe del parálitico. Me tapé la cabeza con las mantas y traté de pensar en la Navidad. Pero la cara gris aún me perseguía. Emitió un murmullo, y comprendí que deseaba confesar algo. Sentí que mi alma retrocedía hacia una región agradable e inicuá; y allí de nuevo lo encontré esperándome. Entre murmullos, comenzó a confesarse, y me pregunté por qué sonreía continuamente y por qué tenía los labios tan mojados de saliva. Pero entonces recordé que había muerto de parálisis, y me pareció que yo también ponía una débil sonrisa, como para absolver al simoníaco de su pecado.

A la mañana siguiente, después del desayuno, bajé a echar un vistazo a la casita de Great Britain Street. Era una tienda sin pretensiones, registrada bajo el inconcreto nombre de *Pañería*. Lo que vendían era principalmente patucos y paraguas; y en los días ordinarios solían colgar un cartel en el escaparate que rezaba: *Se forran paraguas*. Ahora no se veía ningún cartel porque las contraventanas estaban cerra-

das. Un ramillo de flores de papel estaba atado a la aldaba con una cinta. Dos mujeres pobres y un chaval que repartía telegramas leían la tarjeta prendida en el ramillete. Yo también me acerqué y la leí:

1 de julio de 1895
El reverendo James Flynn (que fue párroco de
S. Catherine's Church, Meath Street),
de sesenta y cinco años.
R.I.P.

La lectura de la tarjeta me convenció de que estaba muerto, y yo estaba demasiado alterado para poder controlarme. Si no hubiera estado muerto, habría ido al cuartito oscuro que había al fondo de la tienda y lo habría encontrado sentado en su sillón junto al fuego, casi asfixiado en su gabán. Quizás mi tía me habría dado un paquete de High Toast¹ para él, y ese presente lo habría despertado del atontamiento de su siesta. Siempre era yo quien vaciaba el paquete en su caja de rapé negra, porque las manos le temblaban demasiado para que él pudiera hacerlo sin derramar la mitad del tabaco por el suelo. Incluso cuando se llevaba la gran mano temblorosa a la nariz, nubecillas de humo se escurrían entre sus dedos y caían sobre la pechera del gabán. Puede que fuera ese constante goteo de rapé lo que diera a sus antiguas vestiduras sacerdotales ese aspecto verde descolorido, pues el pañuelo rojo con el que intentaba sacudirse los granos caídos, ennegrecido como estaba siempre por las manchas de rapé de toda la semana, era bastante ineficaz.

Quise entrar y mirarlo, pero no tuve el coraje de llamar a la puerta. Me alejé lentamente por el lado soleado de la calle, leyendo todos los anuncios teatrales de los escaparates. Me pareció extraño que ni yo ni el día pareciéramos

¹ Marca de rapé.

estar de luto, y me sentí incluso molesto al descubrir en mí una sensación de libertad, como si me hubiera liberado de algo gracias a su muerte. Aquello me sorprendió, pues, como mi tío había dicho la noche anterior, aquel hombre me había enseñado muchas cosas. Había estudiado en el seminario irlandés de Roma, y me había enseñado a pronunciar correctamente el latín. Me había contado historias de las catacumbas y de Napoleón Bonaparte, y me había explicado el significado de las diferentes ceremonias de la misa y de las diferentes vestimentas que lleva el sacerdote. A veces se había divertido planteándome preguntas difíciles, o preguntándome qué se debe hacer en determinadas circunstancias, o qué pecados eran mortales o veniales, o solo defectos. Sus preguntas me habían enseñado lo complejas y misteriosas que eran ciertas instituciones de la Iglesia que yo siempre había considerado de lo más simple. Los deberes del sacerdote con la Eucaristía y el secreto de confesión me parecían algo tan serio que me preguntaba cómo alguien había tenido el coraje de aceptarlos; y no me sorprendí cuando me contó que los padres de la Iglesia habían escrito libros tan gruesos como la Guía de Correos, con una letra tan apretada como los avisos legales del periódico, aclarando todas estas intrincadas preguntas. A menudo, cuando pensaba en ello, solo se me ocurrían respuestas muy tontas y titubeantes, ante las que él sonreía y asentía con la cabeza dos o tres veces. A veces me hacía repasar las respuestas de la misa que me había hecho aprender de memoria; y mientras yo farfullaba, él sonreía pensativo y asentía, todo ello acompañado de esporádicas inhalaciones de rapé, que alternaba en sus fosas nasales. Al sonreír, descubría sus grandes dientes descoloridos y dejaba la lengua sobre el labio inferior, un hábito que me había incomodado al inicio de nuestra relación, cuando aún no lo conocía tan bien.

Mientras caminaba bajo el sol, me acordé de las palabras del viejo Cotter y traté de recordar lo que había sucedido

después en el sueño. Recordé haberme fijado en unas largas cortinas de terciopelo y una lámpara colgante de las antiguas. Tuve la impresión de haber estado muy lejos, en una tierra donde las costumbres eran extrañas, en Persia, me dije... Pero no podía recordar el final del sueño.

Por la noche mi tía me llevó al velatorio. Se había puesto el sol; pero los cristales de las casas que miraban al oeste reflejaban el tono leonado de un gran banco de nubes. Nannie nos recibió en el vestíbulo; y, como habría sido impropio levantar la voz, mi tía le estrechó la mano en representación de todos. La anciana señaló hacia arriba interrogativamente y, a una señal de mi tía, comenzó a subir con esfuerzo la estrecha escalera que teníamos delante: su cabeza inclinada apenas sobresalía del nivel de la barandilla. En el primer rellano se detuvo y nos indicó que avanzáramos hacia la puerta abierta del cuarto donde estaba el difunto. Mi tía entró, y la anciana, al ver que yo vacilaba, se puso a hacerme repetidas señas con la mano.

Entré de puntillas. A través del extremo de encaje de la cortina, la habitación quedaba bañada por una dorada luz crepuscular, en medio de la cual las velas parecían llamas pálidas y delgadas. Lo habían metido en el ataúd. Nannie tomó la delantera y los tres nos arrodillamos al pie de la cama. Fingí rezar, pero no pude ordenar mis pensamientos porque los murmullos de la anciana me distraían. Me di cuenta de que la falda se le había quedado mal enganchada en la parte de atrás, y de que los tacones de sus botas de tela estaban gastados completamente en un lado. Se me ocurrió la fantasía de que el viejo sacerdote sonreía tumbado en su ataúd.

Pero no. Cuando nos levantamos y nos acercamos a la cabecera de la cama vi que no sonreía. Yacía allí, solemne y desmesurado, con su atavío de oficiar, sus grandes manos reteniendo un cáliz, sin apretar. Tenía la cara muy desafiante, gris y maciza, con las fosas nasales cavernosas y negras, y rodeada por un escaso pelaje blanco. Había un olor fuerte en la habitación: las flores.

Nos persignamos y nos marchamos. En el cuartito de abajo encontramos a Eliza solemnemente sentada en su sillón. Fui a tientas hacia mi silla habitual del rincón, mientras Nannie se dirigía al aparador y sacaba un decantador de jerez y unos vasos de vino. Lo dejó todo sobre la mesa y nos invitó a tomar un vasito de vino. Después, a petición de su hermana, vertió el jerez en los vasos y nos los pasó. Me insistió para que tomara unas galletas saladas, pero las rechacé porque pensé que haría demasiado ruido al comerlas. Pareció un tanto decepcionada por mi negativa y se acercó en silencio al sofá, donde se sentó detrás de su hermana. Nadie habló: todos nos quedamos mirando la chimenea vacía.

Mi tía esperó hasta que Eliza hubo suspirado para decir:

—Bueno, ha ido a un mundo mejor.

Eliza suspiró de nuevo e inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Mi tía rodeó con los dedos el tallo de su copa de vino antes de beber un poco.

—¿Murió... en paz?, preguntó.

—Oh, totalmente en paz, señora, dijo Eliza. No nos enteramos de cuándo exhaló el último aliento. Tuvo una hermosa muerte, alabado sea Dios.

—¿Y todos los sacramentos...?

—El padre O'Rourke estuvo con él un martes y lo ungió y lo dejó totalmente preparado.

—Entonces, ¿lo sabía?

—Estaba bastante resignado.

—Se le ve bastante resignado, dijo mi tía.

—Eso es lo que dijo la mujer que vino a lavarle. Dijo que parecía simplemente dormido, de tan tranquilo y resignado. Nadie pensó que compondría un cadáver tan hermoso.

—Sí, por supuesto, dijo mi tía.

Bebió un poco más de su vaso y dijo:

—Bueno, señorita Flynn, en cualquier caso debe de suponerle un gran consuelo saber que hizo todo lo que pudo por él. Ambas fueron muy amables con él, debo decir.

Eliza se alisó el vestido por encima de las rodillas.

—¡Ah, pobre James!, dijo. Dios sabe que hicimos todo lo que pudimos, pobres como somos. No queríamos que le faltara de nada mientras estuviera aquí.

Nannie reclinó la cabeza contra la almohada del sofá y pareció a punto de quedarse dormida.

—Ahí tenéis a la pobre Nannie —dijo Eliza, mirándola—, está agotada. El trabajo que hemos tenido, ella y yo, primero para encontrar a una mujer que lo lavara, después para tumbarlo, y luego el ataúd y encargarnos de la misa en la capilla. De no haber sido por el padre O'Rourke, no sé qué habríamos hecho. Fue él quien nos trajo todas esas flores y los dos candelabros de la capilla y escribió el aviso para el *Freeman General*², y se hizo cargo de todos los papeles para el cementerio y del seguro del pobre James.

—Qué amable por su parte, dijo mi tía.

Eliza cerró los ojos y negó lentamente con la cabeza.

—Ah, no hay amigos como los viejos amigos, dijo, al fin y al cabo, un cadáver no tiene amigos en los que confiar.

—Desde luego, ya lo creo, dijo mi tía. Y estoy segura de que ahora que tiene su recompensa eterna no la olvidará, ni lo amable que fue con él.

—¡Ah, pobre James!, dijo Eliza. Nunca causó ninguna molestia. Hacía tan poco ruido como ahora. Aun así, sé que se nos ha ido y todo eso...

—Cuando todo esto termine lo echaré de menos, dijo mi tía.

—Lo sé, dijo Eliza. Ya no le llevaré su caldito, ni usted, señora, le enviará su rapé. ¡Ah, pobre James!

² Se trata de un periódico de circulación nacional publicado en Dublín, cuyo nombre auténtico es *Freeman's Journal and National Press*. Se trataba de un órgano de la clase media nacionalista católica, conocido por sus amplios y respetuosos reportajes sobre asuntos eclesiásticos, funerales incluidos.

Se interrumpió, como si estuviera contemplando el pasado, y después dijo con perspicacia:

—Eso sí, me di cuenta de que últimamente algo raro le pasaba. Siempre que le llevaba el caldo, me lo encontraba con el breviario caído en el suelo, recostado en la silla y con la boca abierta.

Se puso un dedo en la nariz y frunció el ceño; añadió:

—Pero aun con todo, seguía diciendo que, antes de que terminara el verano, un día que hiciera bueno saldría a dar una vuelta para volver a ver la vieja casa de Irishtown³ donde todos nacimos, y que nos llevaría a mí y a Nannie. Si hubiéramos podido conseguir uno de esos carruajes modernos que no hacen ruido, de los que le había hablado el padre O'Rourke, de esos que tienen ruedas reumáticas⁴, baratos, por un día, dijo, uno de los coches de punto de Johnny Rush, al otro lado de la calle, y salir los tres juntos un domingo por la noche. Siempre pensaba en eso... ¡Pobre James!

—¡El Señor se apiade de su alma!, dijo mi tía.

Eliza sacó su pañuelo y se secó los ojos con él. Acto seguido se lo volvió a guardar en el bolsillo y se quedó un rato mirando en dirección a la chimenea vacía, sin hablar.

—Siempre fue demasiado escrupuloso, dijo. Los deberes del sacerdocio lo superaban. Y luego su vida, podríamos decir, fue una cruz.

—Sí, dijo mi tía. Era un hombre decepcionado. Estaba claro.

Un silencio se apoderó del cuartito, y lo aproveché para acercarme a la mesa y probar mi jerez; después regresé silenciosamente a mi silla del rincón. Eliza parecía haber caído en un ensueño profundo. Esperamos respetuosamente a que ella rompiera el silencio: y tras de una larga pausa dijo despacio:

³ Es un barrio pobre de Dublín al sur del río Liffey.

⁴ Evidentemente, es un error por «ruedas neumáticas». O sea, con neumáticos.

—Fue ese cáliz que rompió... Ese fue el comienzo. Por supuesto, le dijeron que no pasaba nada, que no contenía nada, quiero decir. Pero aun así... Dicen que fue culpa del acólito. Pero el pobre James era tan nervioso, ¡Dios tenga misericordia de él!

—¿Y eso fue todo?, dijo mi tía. Escuché algo...

Eliza asintió.

—Eso le afectó, dijo. Después de eso, comenzó a deprimirse, a estar solo, a no hablar con nadie y deambular solo. Y una noche lo necesitaban en casa de alguien y no lo encontraron por ninguna parte. Miraron arriba y abajo; y seguían sin verlo por ninguna parte. Entonces el clérigo sugirió que probaran en la capilla. Fueron a buscar las llaves y abrieron la capilla, y el clérigo, el padre O'Rourke y otro sacerdote que estaba allí trajeron una luz para buscarlo... ¿Y qué les parece? Allí estaba, sentado solo en la oscuridad de su confesionario, totalmente despierto y riéndose en voz baja para sí.

Se detuvo de repente como para escuchar. Yo también escuché; pero en la casa no se oía ningún ruido: y supe que el anciano sacerdote yacía inmóvil en su ataúd tal como lo habíamos visto, solemne y desafiante en la muerte, con el cáliz fútil sobre el pecho.

Eliza continuó:

—Totalmente despierto y como si se riera para sí... Entonces, por supuesto, cuando vieron eso, pensaron que algo le pasaba...